



www.loqueleo.santillana.com

Título original: EL CAPITÁN BERMUDAS Y LA ISLA DE LA FORTUNA

© 2018, Yina Guerrero

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 10204 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-19-805-8

Registro industrial: 58-347

Impreso por: Litografía e imprenta LIL, S. A.

Impreso en Costa Rica

Primera edición: marzo de 2019

Directora Editorial: Claudia Llibre

Director de Arte y Producción: Moisés Kelly Santana

Subdirectora de Arte: Lilian Salcedo Fernández

Diagramación: Ana Gómez Otaño

Edición: Luis Beiro Álvarez

Ilustraciones: Ruddy Núñez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

El capitán Bermudas y la Isla de la Fortuna

Yina Guerrero

Ilustraciones de Ruddy Núñez

loqueleg

*Para ti, que estás lleno de sueños,
capitán de tus propias aventuras...
Nunca sueltes el timón de tu barco,
hasta lograr todas tus conquistas.*

*También, para la fiel tripulación que nos
acompaña en importantes expediciones,
mejor conocida como amigos y familia.*

Los personajes

8

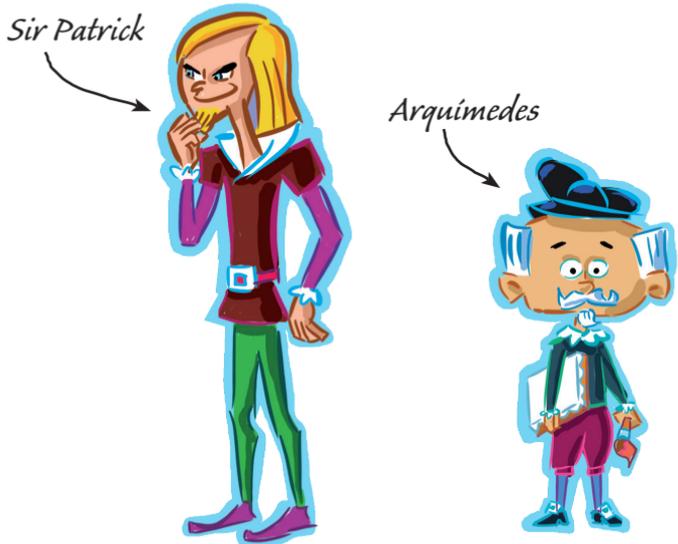
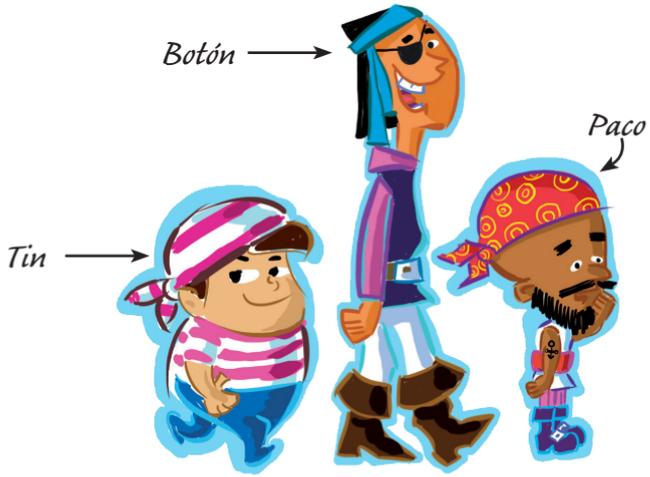
Capitán Bermudas



Rey Crispín

Ágatha →





Un comienzo inesperado

El camino era largo y el capitán Bermudas llevaba tanta prisa que ni siquiera se fijaba por dónde pisaba. Sin darse cuenta, espantó a una bandada de gansos atravesada en su ruta. Pero, unas horas más tarde, no corrió con la misma suerte cuando, intentando esquivar una piara de cerdos, resbaló sobre las heces de un caballo y se ensució su ropa. No faltaba mucho tiempo para que anocheciera y ahora se encontraba tan mal oliente, que no le dejarían cruzar la puerta del castillo.

11

Aquel no era un día cualquiera. Mientras dormía, había tenido una revelación; su misión en la vida consistía en liderar una gran embarcación en busca de tesoros. Al abrir los ojos, saltó de la cama

y, sumergido entre papeles, buscó en el interior del armario las cartas náuticas heredadas de su padre. Acercó su prominente nariz y notó el olor a roble del mueble familiar. Al revisarlas, descifró su destino.

Ese día se vistió con singularidad y, armado de valor, se dispuso a visitar al rey Crispín. El sombrero que adornaba su larga cabellera, era lo único que se mantenía impecable; por lo demás, solo necesitaba tomar un buen baño.

Pensaba muy de prisa y creyó que lo más conveniente sería aproximarse hasta la orilla del río para lavar su ropa y armar una fogata para secarla y mantenerse caliente.

Al llegar se despojó de todo lo que llevaba puesto y corrió a darse un chapuzón. Aunque estrujó la muda de ropa repetidas veces, no logró que el fuerte hedor desapareciera por completo.

Aún con el olfato atrofiado, sus tripas se rebelaron, y no porque sintiera náuseas ni nada parecido, sino porque estaba hambriento. Salió a explorar los alrededores y, mientras buscaba qué cazar, se encontró con tres caminantes que llevaban en sus manos unas liebres.



—Les ofrezco un poco de vino y un lugar para calentarse, a cambio de comida —les dijo haciendo un gesto amigable.

Los paseantes le miraron confundidos.

—¡A ver, que no tengo toda la noche! ¿Aceptan el trato?

14 Las tres personas, mejor conocidas como el trío Pimienta, aceptaron la oferta. Bermudas los llevó hasta el fuego con cautela.

—Pueden sentarse allí, en confianza —le dijo al de más baja estatura.

Colocaron las liebres encima del fuego.

El que parecía ser el más joven no dejaba de observarle intrigado, mientras el capitán le seguía la mirada con recelo.

—¡Tiene un sombrero fantástico! —comentó uno de los caminantes, interesado en su estrafalaria vestimenta—. ¡Parece de pirata!

El capitán asintió.

—¿Acaso sabe algo de piratas? —preguntó.

—Pues sí —respondió— de hecho, todos sabemos algo.

—¿Y se puede saber por qué? —prosiguió.

—Acabamos de arribar de un viaje en alta mar.

—¡Caramba! ¡Son ustedes valientes marinos!

—Marinos y con orgullo —contestó el que parecía ser el mayor.

El olor de las liebres ya cocidas les avisó que la cena estaba lista. Todos devoraron como fieras la carne asada.

—¿Y usted, hacia dónde se dirige? —preguntó el que menos hablaba, continuando la conversación.

15

—Camino hacia el castillo, haré una visita importante al rey Crispín.

—¿Y a qué se debe tan importante visita? —preguntó con curiosidad otro de los marinos.

—Soy el capitán Bermudas, mis sueños me han revelado que llegaré a tierras desconocidas y me apoderaré de grandes riquezas, junto a aquellos que me acompañen —dijo, acercando su mirada hacia uno de ellos, tanto que el marino se asustó un poco, al sentir la respiración tan cerca de su rostro, y además, al notar en él ciertos aires de locura.

—Voy a proponerle al rey que me ayude a hacer este viaje, a cambio de oro y otras cosas de valor —continuó diciendo—. Deberían venir conmigo. ¡Les prometo una gran aventura!

Los viajeros no descartaban nada, mas no ponían mucha fe en aquel hombre, al que apenas conocían y, además, lucía tener un tornillo suelto.

La noche parecía ser larga, todos terminaron rendidos alrededor de la fogata.